
ONESTA.

I.

LUCA DOLCI.

No hay clima como el nuestro para cansarse pronto de amar ó de odiar una mujer ó una cosa cualquiera. No existe pueblo alguno que se apresure tanto como nosotros á cambiar de amor ó de traje; tampoco lo hay que se entusiasme más pronto ni que más pronto se arrepienta. Este carácter de actividad insaciable é inmediatamente satisfecha lo llevamos á los asuntos del corazón y á los negocios de Bolsa, á nuestras apreciaciones y á nuestras creencias: no hay país donde sea tan pasajera la fama de una mina de carbón ó de un hermoso rostro; donde la baja esté tan cerca del alza, la bancarrota de la fortuna, la traición de la pasión; donde lo sublime se acerque tanto á lo ridículo; donde las fiestas y las reputaciones tengan

tan brutal día siguiente, y donde la moda devore con tan voraz apetito fidelidades, grandezas y religiones.

Decidme, hermano, lo que adorabais ayer, y os diré lo que ridiculizáis hoy.

París arroja diariamente sus grandes hombres, sus actores y todos sus desechos célebres que considera viejos en un año, á ese caudaloso río de rápida corriente que acarrea á través del mundo todas nuestras glorias gastadas, trasladándolas á lejanas riberas. Somos tal vez demasiado ricos, tal vez demasiado pródigos, y damos á las demás naciones la limosna de nuestros restos, que algunas veces podrían servirnos aún.

Venecia es sin duda una de las cosas que más han abusado del entusiasmo francés, desgracia que expía cruelmente ahora. Hoy es ridículo y hasta algo necio ir á Venecia. Se va á Oriente, á España, á Sicilia ó á África, pero no se va á Venecia: la plaza de San Marcos, el Consejo de los Diez, el Dux y el *Bucentauro* son objetos cómicos que el viajero más atrevido no se atreve á mencionar sino á condición de agobiarlos con chistes.

Somos de los que creen que Venecia no existe ya, que se ha hundido triunfante en el mar en una noche de Carnaval, con sus cortesanas, sus nobles

y sus palacios, brillante de luz, de sedas, terciopelos y brocados de oro, y con sus turcos fumando en cuclillas en la Piazzetta. Debió morir el día en que la última pluma blanca flotó sobre el último sombrero de ala levantada, y en esta creencia encontramos valor para seguir amándola.

Pero como esta creencia ó esta ilusión no es demasiado general, no escribimos sin temor en la primera página de este cuento un nombre tan desacreditado: sabemos que no basta que nuestra historia ocurriese realmente en Venecia, para que se nos perdone colocarla en ella; pero nos atrevemos á esperar que algunas excelentes personas, recordando sus antiguas aficiones, nos tolerarán este anaeronismo de gusto; en cuanto á las cansadas, osaremos recordarles el ejemplo del hastiado sultán de las Indias, que escuchaba hasta el final los cuentos de Scheherezade, á pesar de que siempre los colocaba en el número de las cosas increíbles.

«Señor—decía—existió en la capital de un reino de la China un sastre llamado Mustafá.....» Lector aburrido, tolérame Venecia.

Señor, existían en Venecia en el año de 1590 dos caballeros que hacían soñar á muchas mujeres é impedían dormir á muchos maridos. Uno de ellos acababa de regresar de los mares de Grecia, donde

por espacio de tres años había mandado una galera de la República; llamábase Miguel Gritti, y era de familia ducal. El otro venía de la Universidad de Padua, donde había estado tres años estudiando teología; era de raza patricia, y se llamaba Luca Dolci.

Miguel Gritti tenía veintiocho años, y se referían de él valerosas hazañas que su aspecto de héroe no desmentía. Su elevada estatura, sus grandes ojos azules, su altivo rostro bronceado por el sol de Oriente, sus cabellos cortos, negros y rizados en derredor de ancha frente, le daban aspecto caballeresco que todo lo hacía creíble en él, hasta las fanfarronadas que algunas veces se permitía; siendo éste, por otra parte, el único defecto mezquino que se le podía censurar; pero era fanfarrón tan alegre y franco, que ni siquiera se le censuraba.

Al volver Gritti á su patria, nada encontró tan apropiado para prevenirse contra el tedio que entregarse al desenfreno. Infatigable en el placer, la mañana siguiente á la orgía le encontraba con los ojos tan brillantes y el humor tan alegre y sereno como la víspera. Las amantes que abandonaba continuaban adorándole, y los hombres á quienes arruinaba en el juego no podían odiarle: tan evi-

dente era para unas y para otros que el buen caballero no obraba con malicia. Por lo demás, en 1590 era este joven el primer libertino de Venecia, y no existía en los magníficos garitos de la ciudad tunante tan atrevido que no bajase la cabeza cuando entraba Miguel Gritti, seguido por su amigo el caballero Vespasiano.

Éste, á quien por abreviar llamaban simplemente *el Caballero*, era un capitán al servicio de Venecia. Tenía dos ó tres años más que Miguel, que le había traído consigo de la guerra. Todo carácter cuyas cualidades ó defectos se desarrollan con cierta pujanza, y que en el bien ó en el mal se eleva á la altura de tipo, ejerce comunmente atracción irresistible sobre otro carácter simpático, pero inferior. Todo astro remolca un satélite. El satélite de Miguel Gritti era el caballero Vespasiano, que exageraba en su persona las proporciones heroicas de su amigo, al mismo tiempo que plagiaba con exaltación su bravura y arrebatos. En la existencia del caballero existía un punto misterioso; nadie conocía en Venecia, ni siquiera Gritti, dónde vivía. Algunas veces desaparecía de la escena durante quince días, y después se presentaba bruscamente, contestando con evasivas á los que le preguntaban acerca de la causa de aquellos periódicos eclipses.

Gritti había observado que contrariaban al caballero las preguntas sobre esta tenebrosa materia, y jamás le hablaba del asunto.

En camino estaba la belleza y fama de Miguel Gritti de acaparar en absoluto el interés de las damas venecianas, cuando Luca Dolci, el estudiante de teología, llegó, involuntariamente por cierto, á atraer una parte de este interés sobre su graciosa persona. Luca Dolci tenía veinte años; su estatura era mediana, pero elegante y admirablemente proporcionada. El óvalo algo prolongado de su semblante tenía delicadeza casi femenina, y sus mejillas eran ligeramente sonrosadas. Su boca, de una delicadeza de dibujo, por decirlo así, afectada, tenía el don de la sonrisa con tan grave dulzura que se granjeaba los corazones. Las alas de su nariz, por su expresiva movilidad, denotaban carácter más apasionado que firme. Sus pardos ojos tenían la límpida pureza de la mirada de los niños, y sus párpados estaban orlados de largas pestañas tan negras que parecían azuladas. Por extraña particularidad, su frente parecía cubierta de ligera capa morena, color viril que en aquel joven solamente se ostentaba en el asiento de la meditación. En torno de aquella frente grave caían abundantes bucles rubios, finos como la seda, peinados y

rizados siempre con exquisito cuidado. Toda la persona de Luca Dolci estaba impregnada de distinción natural y algo coqueta, que atraía la atención de todas las jóvenes, aunque llevase, como de ordinario, subido el embozo hasta la nariz. Tal era el teólogo á cuyo paso se abrían todas las ventanas ojivales ó cimbradas en Junio de 1590. En cuanto á verle en otra parte que en la iglesia, en la laguna ó en la calle, cosa era de que ninguna dama podía vanagloriarse, y he aquí por qué.

Luca pertenecía á rica é ilustre familia, pero familia desgraciada en la que ninguno envejecía, pereciendo todos los Dolci en sombrías aventuras en cuanto tenían heredero varón de su nombre. Al abuelo de Luca le encontraron muerto en su lecho una mañana, sin que los médicos pudiesen decir de qué: su padre se ahogó en un paseo con tiempo admirablemente tranquilo. Estas catástrofes eran bastante comunes en Venecia; pero como los Dolci se habían mantenido siempre apartados de los negocios de Estado, no podía atribuirse á causas políticas su misterioso fin. La tradición más acreditada, fundándose en la galantería hereditaria de esta raza, atribuía á venganzas femeninas la fatalidad que parecía pesar sobre ella; tradición que había aceptado con cierta altiva resignación la

misma familia Dolci, que ostentaba en el escudo una abeja picando en el seno á una mujer hermosa y muriendo sobre la misma herida que acababa de hacer.

La madre de Luca Dolci, supersticiosa como madre y como italiana, dirigió las ideas del niño por el rumbo de la religión, esperando por este medio separar de aquella preciosa cabeza el siniestro destino de su casa. Resignóse á ver extinguirse con él el apellido Dolci, diciéndose que, después de todo, mejor era verle fraile vivo que caballero muerto. La infancia de Luca fué melancólica, y pudo engañársele fácilmente acerca de sus inquietos éxtasis: encantóle la vida del claustro que le predicaba su madre, y abrazó la esperanza de vivir en él con la exaltación que entonces como hoy, aunque tal vez con mayor fuerza, atormentaba estérilmente los cerebros jóvenes. Luca tenía diez y siete años cuando murió su madre; un mes después marchó á Padua y allí comenzó á entregarse con ardor á los estudios teológicos.

Durante los tres años que pasó en la Universidad, el único acontecimiento notable de su vida fué la amistad que trabó con el señor don José de Frías. Acercósele una mañana un estudiante, diciéndole con la mayor urbanidad:

—Señor, dos palabras tan sólo. Hace dos meses que llegué de España: mi vocación y los escasos bienes que poseo me han impulsado á abandonar el mundo, y espero, en cuanto adquiera algún saber, haerme sacerdote ó fraile, según lo que Dios me inspire. Hace algún tiempo, señor, que tuve el honor de observaros, y vuestro aspecto me atrajo de irresistible manera. Si no os disgustase, os pediría que me honraseis con vuestra amistad. Conozco que soy completamente vuestro. Me llamo José, y añadiría que pertenezco á la familia de los Duques de Frías, si esto no fuese tan inútil á vuestros ojos como á los míos.

Durante el discurso, Luca Dolci contempló atentamente al que lo pronunciaba, que era un joven como de veinte años, de nobles y suaves facciones, ojos negros, aterciopelados y lánguidos, pero que, sin embargo, miraban con firmeza. Luca le estrechó la mano.

—Señor—dijo á su vez—mi carácter es desagradable por lo reconcentrado, y esto me impide contarnos con palabras. Pero viviré, señor don José, para responderos. Aquí cerca está la iglesia de San Antonio; entremos, si os place, para dar gracias á Dios.

De esta manera cayó D. José de Frías en la esfera de atracción de Luca Dolci.

Habiendo terminado sus estudios á primeros de Mayo de 1590, Luca Dolci regresó á Venecia para ocuparse en el arreglo de los asuntos de su familia. Acompañóle D. José, y accedió á habitar en el palacio Dolci, esperando en él la cercana época de su ingreso en el convento de San Esteban. El mundo femenino se conmovió mucho á la aparición de los dos santitos, y se inventaron contra ellos juegos de ojos capaces de despoblar el paraíso; llenaron su camino de dulces billetitos; discretas dueñas, encargadas de tiernos mensajes, salieron á campaña y sitiaron el palacio Dolci. Pero miradas, billetes y dueñas perdieron el tiempo, y de buena ó mala gana tuvieron que tomar el partido de dejar á aquella graciosa pareja de querubines subir al cielo á su gusto. Esto produjo profundo despecho y muchísimo respeto.

No obstante el absoluto retiro que se impuso Luca, tuvo que visitar con frecuencia á un anciano, pariente suyo por la rama materna, llamado el Conde Giustiniani, que en otro tiempo fué embajador de la República. Este bondadoso señor, que se acercaba ya á su fin, cobró mucho cariño á Luca al ver sus desinteresadas atenciones; haciéndole juzgar su profunda experiencia de los hombres que la educación mística que había recibido Luca, an-

tes que verdadera vocación, era lo que le impulsaba al claustro. En vista de esto, se empeñó, con la persistencia de anciano moribundo, en quebrantar la resolución de su joven pariente, resolución que, á juicio suyo, había de producirle más tarde amargos arrepentimientos. Pero á fines de Mayo murió sin haber conseguido quebrantar las disposiciones de Luca.

Mas el testamento del Conde demostró que, aun después de muerto, no se daba por vencido el buen señor. Por este testamento legaba su inmensa fortuna, su palacio de Venecia y cierto canon anual que le pertenecía sobre las presas que se hiciesen á los berberiscos, á su sobrina la Marquesa Onesta..... Giustiniani, viuda del Marqués Andrea Giustiniani. Esta señora habitaba en Roma, donde era célebre, en primer lugar por su belleza, y después por lo que unos llamaban su rigor y otros su virtud. Desde la muerte de su marido tenía en su casa un director espiritual llamado Fra Mozzo, y á la sombra de este sacerdote la Marquesa gozaba de su libertad con placer y con honor. La galanteaba toda la aristocracia de Roma, pero no se la conocía ningún amante. Cosa extraña pareció que el viejo Conde, de quien se sabía que no amaba gran cosa á su sobrina, que por su parte había

prescindido mucho de él, la nombrase su heredera, y la sorpresa aumentó cuando se vió al pié del testamento un codicilo en el que disponía el testador que si al cabo de un año su sobrina Onesta no se había casado con Luca Dolci, la herencia pasaría al convento en que este joven hubiese profesado. El testarudo viejo, por medio de este acto de diplomacia póstuma, encargaba á los hermosos ojos de la Marquesa el trabajo de dar cima á la empresa en que había fracasado su propia habilidad.

La señora Onesta, en cuanto tuvo noticia de la muerte de su tío, marchó á Venecia con su confesor y se instaló en el palacio del difunto. Abrióse el testamento en su presencia, y no quedó menos asombrada de la generosidad de su pariente que de la condición á que la sometía.

Ocurría esto el 31 de Mayo. Luca Dolci y don José habían fijado el día siguiente, 1.º de Junio, para comenzar su noviciado en el convento de San Esteban. A mediodía, cuando se encontraban ocupados en desenvolver viejos pergaminos y daban término á sus últimas disposiciones temporales, entregó un lacayo á Luca una carta concebida en estos términos:

«Apreciable primo:

» Soy la sobrina del Conde Giustiniani; es indispensable que os vea inmediatamente.

» ONESTA.»

Después de leer Luca la carta, se la dió á don José.

—Mucho os agradecería, mi querido José — le dijo — que fueseis á ver á esa señora en mi lugar.

—¿Por qué? — preguntó el joven.

—No sé. Pero experimento profunda repugnancia á encontrarme frente á frente con ella.

—¿La conocéis, Luca?

—No; no sé de ella más de lo que me dijo su tío.

—¿Y qué os dijo?

—Poca cosa. No la quería mucho. Ya sabéis que el Conde no era muy reservado, y decía que debían poner á esa señora una máscara de pez hirviendo sobre la cara. Después añadía que amaba la virtud, de suerte que me quedaba sin comprenderle. De todos modos, he conservado mucha prevención contra ella. Id en lugar mío, os lo ruego.

—Os llama á vos y no á mí — replicó D. José — y hoy debéis algo aún á la cortesía que os impone el nombre que lleváis.

—Verdad es—dijo Luca.—Pero dignaos acompañarme.

Cogieron los dos sus sombreros y espadas, y marcharon en góndola al palacio Giustiniani.

La Marquesa les esperaba en su oratorio, acompañada de su confesor Fra Mozzo, sentada en un sillón colocado sobre tres gradas bajo un dosel con flecos de oro. Fra Mozzo estaba delante de una mesa llena de pergaminos. Luca Dolci entró llevando de la mano á D. José, á quien presentó antes de todo á la Marquesa: hecho esto, la miró, mientras ella le examinaba por su parte con curiosa minuciosidad. La Marquesa era alta; su rostro algo prolongado, pero lleno; elevada la frente, aunque un poco deprimida en las sienes; su color era blanco mate; sus labios, algo gruesos, se levantaban ligeramente cuando hablaba, defecto que agradaba mucho en ella, porque dejaba ver admirables dientes. Sus ojos, negros y grandes, estaban dotados del brillo especial del diamante, teniendo una especie de limpidez completamente exterior y como superficie radiante; pero á pesar de la llama de su mirada, tenía delicada la vista, como demostraban ciertas contracciones de párpados que le eran habituales. Llevaba recogidos á la espalda, á la manera de las campesinas romanas,

sus negros y ondulados cabellos, sirviendo de marco á su admirable cuello; pero lo que más impresionaba al verla era la singular belleza de su apostura. Tampoco estorbaba su ropaje á la elástica libertad de su cuerpo, pues la tela parecía animada, como el cuerpo mismo, por gracia delicada y poderosa. Seducía andando, ó solamente con llevar la mano á los cabellos.

En cuanto al reverendo Fra Mozzo, director de esta soberbia penitente, era un hombrecillo de sonrosada tez, que se miraba incesantemente la nariz para mortificarse: no siendo comunes aún los anteojos, Fra Mozzo había tomado el partido de mirar de soslayo para no tener que mirar á las personas á la cara. Sus labios estaban plegados por permanente sonrisa, y su piel brillaba como las escamas de los peces. Al verle se experimentaba la impresión que se siente al pisar un reptil. Suponiendo que la Marquesa fuese coqueta, solamente refinado sentimiento de coquetería podía haberla llevado á tener consigo aquel eclesiástico.

—Messer Luca—dijo la Marquesa cuando se sentaron los dos jóvenes;—aquí me tenéis en gran apuro. Dignaos leer el codicilo que hay al pie de este testamento.

Luca Dolci leyó el codicilo y lo hizo leer á don

José: en seguida se levantó, como á pesar suyo, con los ojos fijos en la Marquesa, se ruborizó ligeramente y volvió á leerlo.

—Primo—dijo entonces la Marquesa; solamente puedo hacer dos suposiciones: que por motivos que ignoro sois enemigo mío y habéis querido vengaros, ó que alimentáis en secreto alguna pasión por mí y habéis rogado á mi tío que os ayude por medio de este codicilo.

—Señora—contestó gravemente Luca —mañana entro, con D. José aquí presente, en el convento de San Esteban. Dejo todos mis bienes á los pobres. Ignoraba esta disposición del noble Conde, y soy además extraño á todo sentimiento terrestre de la naturaleza de ese á que aludís.

—¡Dios mío! ¡qué hombre!—exclamó la Marquesa riendo. —Al veros, nadie os creería tan terrible. Convencida estoy de que no sentís pasión alguna por mí, puesto que tenéis la bondad de decírmelo con tanta franqueza. Pero, niño, aunque tengáis ya casi sombra de bozo, no es razón bastante para que os creáis completamente al abrigo de esos sentimientos á que aludís, más bien que yo, porque al decirlo reía y no pensaba en ello, mientras que vos habláis con suma gravedad. Por otra parte, parecéis, y os felicito por ello como pa-

riente, parecéis reservado á bellos amores. Tenéis, pues, razón al hablar seriamente de estas cosas.

—Creo haber dicho, señora, que mañana entro en San Esteban —replicó secamente Dolci.

—Tanto peor—dijo la Marquesa.

En este punto de la conversación estornudó Fra Mozzo, porque tenía la manía infantil de estornudar cuando pronunciaban alguna palabra que pudiese gravar su conciencia ó provocar por su parte alguna explicación embarazosa: estornudaba, pues, y por dulce ilusión se figuraba no haber oído.

—¡Que Dios os bendiga, padre!—dijo solemnemente D. José.

La Marquesa había descendido del sillón y paseaba meditabunda por el oratorio: después de dos ó tres vueltas se detuvo bruscamente delante de Luca.

—¿No soy en la actualidad vuestra parienta más próxima?—le preguntó.

—Sí, señora.

—¡Dios mío, qué hombre! Vamos, terminemos este asunto. Decidme si tenéis grande empeño en llevar esta fortuna como dote á vuestro convento; por mi parte lo tengo muy grande en guardarla.

—Y yo os la dejaría de todo corazón, señora, si conociese el medio de hacerlo.

—Tal vez existe uno. Declarad por escrito que solamente vuestra voluntad, y no la mía, se opone á nuestra unión, y dudo que después de esto se me pueda disputar la herencia.

—En el acto os escribiría la declaración que me pedís, si no me obligase á mentir á la faz del cielo; porque no es cierto que tan sólo mi voluntad se oponga á esta unión.

—Perdonad, messer Luca.....

—¿Y la vuestra, señora?

—Me encuentro en edad de casarme otra vez, primo, y si me hicieseis el favor de pedirme la mano, es probable que os hiciese el de dárosela. Paréceme que esto basta para tranquilizar vuestra conciencia, y que no podéis exigir á una mujer confesión más clara mientras no os encontréis revestido de los poderes sacerdotales.

Fra Mozzo estornudó con fuerza, mientras Luca Dolci bajaba los párpados ante la mirada altanera, burlona y casi provocativa con que parecía desafiarse la Marquesa á cogerla la palabra.

Luca se levantó bruscamente después de un momento de silencio.

—Mañana temprano os mandaré esa declaración—dijo.—Adiós, señora.

—Adiós, y gracias, primo—contestó Onesta.—

Caballero—añadió dirigiéndose á D. José, inclinando la cabeza en ademán suplicante—puesto que acompañáis á Luca al claustro, velad por su salud, que no me parece muy robusta. Por intervalos le suben al rostro rojas llamaradas. El pobre niño ha heredado eso de su madre. Adiós, señores.

Luca y D. José encontraron la góndola al pie de la escalinata, y volvieron al palacio sin cambiar una palabra.

II.

MIGUEL GRITTI.

Durante la tarde recibió muchas visitas la Marquesa, que la enteraron de todo lo que se decía y pasaba en la ciudad. El nombre de Miguel Gritti resonaba como refrán al final de todas las frases, y parecía ser palabra que las señoras de Venecia habían jurado pronunciar á toda costa en sus conversaciones. La Marquesa se informó de quién era aquel señor tan celebrado, y se enteró de lo que ya sabemos. Añadíase que, por motivo desconocido, su carácter iba inclinándose á la melancolía, que se hastiaba, y no tardaría en tomar un mando en Morea.